



Edmundo de Amicis

Sangre romana *

Aquella tarde la casa de Federico estaba más tranquila que de costumbre. El padre, que tenía una tienda-bazar, había ido a Forlì de compras; con él se había marchado la madre llevando a Luisita, su hermanita, para que la viese el oculista, que debía operarle un ojo enfermo; pensaban regresar a la mañana siguiente.

Poco faltaba para la medianoche. La mujer que prestaba sus servicios durante el día se había ido hacia el oscurecer. En la casa sólo quedaban la abuela, con las piernas paralizadas, y Federico, su nieto, de trece años. Era una casita de planta baja, situada en la carretera y como a un tiro de fusil de un pueblecito poco apartado de Forlì, ciudad de la Romagna, no habiendo cerca de ella más que una casa deshabitada, en ruinas desde hacía dos meses a causa de un incendio, y sobre la cual todavía se veía el letrero de una posada. Por detrás de la casita había un huertecito rodeado de setos, al que daba una puertecita rústica; la puerta de la tienda, que era también la de la casa, se abría sobre la carretera. En derredor se extendía la campiña solitaria con vastos campos de cultivo y

plantas de moras.

Faltaba poco para la medianoche; llovía y soplaba el viento. Federico y su abuela, todavía levantados, se hallaban en la cocina-comedor, entre la cual y el huerto había una pequeña habitación llena de trastos y muebles viejos. Federico había vuelto a casa sobre las once, después de pasar fuera muchas horas, y la abuela le había esperado despierta, llena de ansiedad, inmovilizada en un ancho sillón de brazos en el que solía pasar todo el día y, a menudo, también toda la noche, pues la fatiga no le permitía estar acostada.

Llovía, y el viento lanzaba la lluvia contra los cristales. Era una noche muy oscura. Federico había vuelto cansado, lleno de barro, con la chaqueta desgarrada y un cardenal en la frente, producido por una pedrada; se había peleado con otros muchachos y, por añadidura, había jugado y perdido todo el dinero que llevaba, dejando la gorra en una zanja.

Aunque la cocina sólo estaba iluminada por un quinqué semiapagado colocado en un extremo de la mesa junto al sillón, la pobre abuela había visto al momento el lastimoso estado en que se hallaba su nieto, sabiendo todo lo sucedido en parte por haberlo adivinado y lo demás por la confesión que sacó a Federico sobre sus travesuras.

La anciana señora quería con toda el alma al muchacho y, cuando se enteró de todo, se echó a llorar.

-¡Ah, no! -dijo después de un largo silencio-; no tienes compasión de tu pobre abuela, de lo contrario no te aprovecharías de la ausencia de tu madre para darme tantos disgustos. Ya ves, me has dejado sola todo el día. Debo advertirte, Federico, que has emprendido un camino que te conducirá a un triste fin. He visto a otros que comenzaron como tú y acabaron muy mal. Se empieza por salir de casa para pelearse con otros muchachos, jugarse el dinero, y luego, poco a poco, de las pedradas se pasa a las cuchilladas, del juego a otros vicios, y de éstos... ¡al robo!

Federico escuchaba a su abuela de pie, a tres pasos de distancia, apoyado en un arca, con la barbilla sobre el pecho, el entrecejo arrugado y todavía encendido por la ira de la pelea. Sobre la frente le caía un mechón de hermosos cabellos castaños, teniendo inmóviles sus azules ojos.

-Del juego al robo -repitió la abuela que continuaba llorando-. Piensa en eso, Federico. Piensa en el botarate del pueblo, en Víctor Mozzoni, que ahora vagabundea por la ciudad, que a sus veinticuatro años ha estado ya dos veces en la cárcel y ha hecho morir de pena a su pobre madre, a la que yo conocía, obligando a su padre a marcharse a Suiza, para no sufrir mayor vergüenza. Piensa en ese desgraciado joven, siempre en compañía de otros peores que él hasta el día en que lo metan en presidio para toda su vida. Pues bien, yo le conocí de muchacho, y empezó como tú. Ten presente que puedes denigrar a tu padre y a tu madre como él y causarles tanto mal como ese desventurado.

Federico guardaba silencio. No estaba pesadoso, ni mucho menos. Su actitud obedecía más bien al exceso de vitalidad y de audacia que a pura sensiblería; su padre le había acostumbrado mal precisamente porque, considerándole capaz, en el fondo, de los más hermosos sentimientos, esperando ponerle a prueba de acciones varoniles y generosas, le dejaba rienda suelta, en la confianza de que se iría reformando por sí solo. Era bueno, pero tozudo, aunque apareciese en su corazón el arrepentimiento y

dejase escapar de su boca las buenas palabras que nos inclinan a perdonar: «¡Sí, no me he portado bien; no lo haré más, te lo prometo! Perdóname.» A veces se sentía embargado de ternura, pero su orgullo no se lo permitía manifestar.

-¡Ay, Federico! -continuó la abuela viéndole tan callado-. ¡No me dices ni una palabra de arrepentimiento! Ya ves el estado en que me encuentro, que puede acabar conmigo. No debieras consentir que padeciera tanto, que por tu culpa llorase la madre de tu madre, tan vieja y próxima a su fin, tu pobre abuela, que siempre te ha querido tanto, que te mecía noches enteras cuando eras un nene de pocos meses, y que no comía por entretenerme. ¡Tú qué sabes! Yo siempre decía: «¡Este será mi último consuelo!», y ahora me matas a disgustos. De buena gana daría lo poco que me queda de vida con tal de que fueses otra vez un buen chico, tan obediente como aquellos días... cuando te llevaba al santuario de la Santísima Virgen. ¿Te acuerdas, Federico? Tú me llenabas los bolsillos de piedrecitas y de hierbas, y yo te traía a casa en mis brazos, dormidito. En cambio, ahora que estoy paralítica y tengo tanta necesidad de tu cariño como del aire para respirar, porque no tengo, pobre de mí, a otro ser en el mundo... ¡Dios mío!

Federico estaba por echarse en brazos de su abuela, dominado por la emoción, cuando le pareció oír un ligero ruido, unos crujidos continuados en la habitación de al lado, que daba al huerto. Pero no distinguía si eran las puertas u otra cosa.

Puso oído atento. La lluvia caía con fuerza. El ruido se repitió, y la abuela también lo oyó.

-¿Qué es? -preguntó un momento después, muy intrigada.

-Debe ser la lluvia -murmuró el muchacho.

-Entonces, Federico -dijo la anciana, enjugándose los ojos-, ¿me prometes ser bueno y no hacer llorar ya más a tu pobre abuela?

Un nuevo ruido la interrumpió.

-¡No me parece que sea la lluvia! -exclamó, palideciendo-. ¡Vete a ver!

Mas en seguida añadió:

-No, ¡quédate aquí! -Y asió al muchacho por una mano.

Quedaron los dos conteniendo la respiración. Solamente se oía el ruido producido por la lluvia.

A continuación ambos sintieron un escalofrío. A los dos les había parecido oír ruido de pies en la habitacioncita de los muebles viejos.

-¿Quién es? -preguntó Federico haciendo de tripas corazón.

Nadie respondió.

-¿Quién anda ahí? -repitió Federico, muerto de miedo.

Pero apenas hubo pronunciado tales palabras, ambos lanzaron un grito de terror. Dos hombres entraron en la cocina-comedor: el uno sujetó al muchacho y le tapó la boca con la mano; el otro agarró a la anciana por la garganta. El primero dijo:

-¡Silencio, si no quieres morir!

El segundo:

-¡Calle! -y alzó el puñal. Los dos llevaban un pañuelo oscuro por la cara, con agujeros a la altura de los ojos.

Durante unos instantes sólo se percibió la respiración de los cuatro y el ruido producido por la lluvia, la anciana apenas podía respirar, y tenía

los ojos desorbitados.

El que sujetaba al muchacho le dijo al oído:

-¿Dónde deja tu padre el dinero?

El chico respondió con un hilillo de voz, y dando diente con diente:

-Allá.... en el armario.

-Ven conmigo -le dijo el hombre.

Y lo llevó a la fuerza al cuartito, sin dejar de agarrarle el cuello por la garganta. En el suelo había una linterna.

-¿Dónde está el armario? -preguntó.

El muchacho, medio ahogado, señaló el armario.

Entonces, para estar seguro del muchacho, el hombre lo puso de rodillas ante el armario, apretándole fuertemente el cuello entre sus piernas, de manera que pudiera estrangularlo si chillaba, y teniendo la linterna en una mano, sacó con la otra del bolsillo una ganzúa, que metió en la cerradura; hurgó, rompió, abrió de par en par las hojas de la puerta, revolviólo todo confusamente, se llenó los bolsillos, cerró, volvió a abrir y a buscar. Luego cogió de nuevo al muchacho, llevándole donde el otro tenía aún agarrada a la anciana, convulsa, con la cabeza caída y la boca abierta.

El que sujetaba a la abuela preguntó en voz baja al otro:

-¿Ha caído algo?

-Sí -le contestó. Y añadió: -Mira hacia la puerta.

El que estaba con la anciana fue a la puerta del huerto para cerciorarse si había alguien por allí, y dijo desde el cuartito de los trastos, con una voz que parecía un silbido:

-Ven.

El que había quedado en la cocina y retenía a Federico enseñó un arma blanca al muchacho y a la anciana, que acababa de abrir otra vez los ojos:

-¡Ni una sola palabra o vuelvo y os degüello!

Y miró fijamente a los dos.

En aquel momento se oyó a lo lejos, por la carretera, un canto de muchas voces.

El ladrón giró rápidamente la cabeza hacia la puerta, y por la violencia del movimiento se le cayó el antifaz.

La anciana lanzó un grito:

-¡Mozzoni!

-¡Maldita! -rugió el reconocido-. ¡Tienes que morir!

Y se abalanzó con un puñal en alto contra la anciana, que quedó desvanecida en el acto.

El asesino descargó el golpe, pero con un movimiento rapidísimo, dando un grito desesperado, Federico se había arrojado sobre la abuela, cubriéndola con su cuerpo.

El asesino huyó, chocando con la mesa y volcó el quinqué, que se apagó.

El muchacho se deslizó lentamente sobre la abuela, cayó de rodillas y permaneció en tal actitud abrazando a la anciana por la cintura y con la cabeza apoyada en su regazo.

Transcurrieron unos instantes; todo estaba a oscuras; el canto de los aldeanos se iba alejando por el campo. La anciana recobró el sentido.

-¡Federico! -dijo con voz apenas perceptible y dando diente con diente por el temblor que la invadió.

-¡Abuela! -respondió él.

La anciana hizo un esfuerzo para hablar, pero el terror le paralizaba la lengua.

Permaneció un ratito en silencio, sin parar de temblar violentamente.

Luego logró preguntar:

-¿Se han ido ya? -Sí, se fueron.

-¡No me han matado! -murmuró la anciana con voz ahogada.

-No... estás a salvo -dijo Federico con voz muy débil-. Estás a salvo, yayita. Se han llevado el dinero. Pero papá había dejado poco.

La anciana dio un suspiro.

-Yaya -dijo Federico, permaneciendo de rodillas y teniendo un brazo en su cintura-, yayita, ¿verdad que me quieres?

-¿No te he de querer, hijo mío? -le respondió, poniéndole una mano en la cabeza-. ¡Qué susto has debido llevar, pobrecito mío! ¡Señor, Dios misericordioso! Enciende la luz... Pero no, es mejor que continuemos a oscuras. Tengo todavía mucho miedo.

-Abuela -replicó el muchacho-, siempre os he dado muchos disgustos a todos...

-No, Federico, no digas eso; yo no me acuerdo de nada, todo lo he olvidado. ¡Te quiero mucho, ángel mío!

-Os he dado muchos disgustos -continuó diciendo Federico con gran dificultad, temblándole la voz-; pero... os quiero. ¿Me perdonas, yaya? ¡Perdóname!

-Sí, querido, te perdono, te perdono de todo corazón. ¡Pues no te iba a perdonar! ¡No faltaba más! Anda, levántate. Ya no te reñiré más. Eres bueno, muy bueno. Ea, enciende la luz, querido. Levántate.

-Gracias, yaya -le contestó el muchacho con voz cada vez más débil-. Ahora... estoy contento. ¿Verdad que te acordarás de mí, yayita... de tu Federico?

-¡Federico! -exclamó la abuela, inquieta y preocupada, poniéndole las manos en la espalda e inclinando la cabeza para mirarle la cara.

-Acuérdate de mí -murmuró aún el muchacho con una voz que parecía un soplo-. Dales un beso de mi parte a papá, a mamá... a Luisita... ¡Adiós, yaya, yayita... !

-¡Por todos los Santos! ¿Qué tienes? -gritó la anciana, palpando con ansiedad la cabeza del chico, que estaba reclinada en sus rodillas. Luego, con toda la voz que pudo sacar, exclamó con desesperación: -¡Federico! ¡Federico! ¡Amor mío! ¡Ángeles del cielo, ayudadme!

Pero Federico ya no replicó. El pequeño héroe, el salvador de la madre de su madre, herido mortalmente por artera puñalada en la espalda, había entregado a Dios su bella y valerosa alma.

*** Tomado del libro Corazón**

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

